

—Puesto que nos dejan aquí á los dos...

—Qué haremos?

—Si tú quieres iremos á Nápoles.

—¿Para qué?

—Para oír la música,—contestó Bautista cuya mirada se inflamaba por grados.—Vamos: ¿quieres venir?

—Pero ¿cómo lo haremos para salir? Teresa nos verá. Además de aquí á Nápoles hay dos leguas, y una distancia tan larga puede detener tu alivio si no espermentas algún mal. Por otra parte, es muy posible que encontremos á mi padre en el camino; ya sabes que ha ido á Nápoles.

—No hay cuidado,—prosiguió Bautista para convencer á su camarada.—Yo puedo correr y dos leguas las andaremos en un momento. Saldremos por el jardín y Teresa no nos verá. Tan pronto como se concluya la misa nos volveremos y nadie sabrá que hemos salido. Si observan nuestra escapatoria lo más que puede suceder es que nos riñan; mi tía no se atreverá á castigarme porque estoy enfermo. Hé aquí todo....

—Sí, pero yo...

—Tú te fingirás enfermo también, y te perdonarán fácilmente. Conque, vamos?

Al mismo tiempo que hablaba Bautista se había vestido y arrastraba á Pedro, que todavía estaba medio indeciso.

Salieron, pues, de la casa sin ser vistos de Teresa, pero en el momento de salir del pueblo y de entrar en la carretera, un pequeño baido hizo recordar á Bautista que no había tomado alimento desde la víspera.

—He olvidado el almuerzo,—dijo á su camarada;—no le hace, luego comeré mejor.

—Y los dos amigos echaron á correr para llegar más pronto. Al cabo de una hora de Carrera entraron en Nápoles cubiertos de sudor y pudiendo apenas sostenerse. Sin parar un momento, entraron en la primera iglesia que vieron, que precisamente era en la que se verificaba la función.

Para la solemnidad del día, el templo se había decorado